



# El amigo leal

## *The devoted friend*

■ Óscar Wilde\*

■ Una mañana, la vieja rata de agua sacó la cabeza de su agujero. Tenía los ojillos redondos y vivaces, unos tiosos bigotes grises y su cola parecía una larga goma negra. Unos patitos nadaban en el estanque semejando un montón de canarios amarillos y su madre, de un blanco purísimo y patas de un vivo color rojo, intentaba enseñarles cómo debían meter la cabeza en el agua.

—Nunca podréis formar parte de la buena sociedad si no aprendéis a meter la cabeza bajo el agua —les decía. Y una y otra vez les mostraba cómo hacerlo, pero los patitos no prestaban atención. Eran tan jóvenes que no sabían qué beneficios implicaba pertenecer a la buena sociedad.

—¡Qué criaturas tan desobedientes! —exclamó la vieja rata de agua. Verdaderamente, merecerían ahogarse.

—De ninguna manera —respondió la pata. —Cada cosa tiene su comienzo y los padres nunca tienen demasiada paciencia.

—¡Ah! Yo no sé nada acerca de los sentimientos de los padres —dijo la rata de agua—. No soy hogareña. En realidad, nunca he estado casada y tampoco lo he pretendido nunca. El amor es algo que está bien, pero mucho más elevado que el amor es la amistad. Más aún, no creo que haya en el mundo nada tan noble ni tan excepcional como una leal amistad.

—Y, por favor, ¿cuál es tu idea sobre los deberes de un amigo leal? —preguntó un pardillo verde que se había posado en un firme sauce y sin querer había oído la conversación.

—Sí, precisamente eso es lo que me gustaría saber —dijo la pata—, mientras nadaba hasta el otro extremo del estanque y sumergía la cabeza en el agua para dar ejemplo a sus pequeños.

—¡Vaya pregunta más tonta!, exclamó la rata de agua. —El amigo leal es el que espero sea leal conmigo, por supuesto.

---

\* Relato incluido en el libro *El príncipe feliz y otros cuentos* (*The happy prince and other tales*. Londres: David Nutt Ed., 1888). Traducción de A. Pérez Gutiérrez.

—¿Y qué le darías tú a cambio? —dijo el pajarillo—, balanceándose sobre una rama plateada y batiendo sus alitas.

—No te comprendo —contestó la rata de agua.

—Deja que te cuente una historia sobre este asunto —dijo el pardillo.

—¿La historia tiene que ver conmigo? —preguntó la rata de agua. —Si es así, la escucharé ya que soy muy aficionado a las historias.

—Se puede aplicar a ti —respondió el pajarillo mientras descendía volando y, posándose en la orilla, contó el cuento del amigo leal.

—Érase una vez... un honrado hombrecillo llamado Hans.

—¿Se trataba de alguien muy distinguido? —preguntó la rata de agua.

—No —respondió el pardillo. —No creo que fuera especialmente distinguido, salvo por su buen corazón y su rostro redondo y jovial. Vivía solo en una pequeña choza y todos los días trabajaba en su jardín. En toda la región no había otro tan bonito. Allí crecían alhelíes, claveles silvestres, rosas de Francia, rosas amarillas, rosas de Damasco, lilas y violetas doradas, rojas y blancas. Según los meses se sucedían las mejoranas, prímulas, agavanzos, narcisos y claveros, y cada flor dejaba su sitio a otra flor, de manera que allí siempre había algo hermoso que ver y algún aroma agradable que oler.

El pequeño Hans tenía muchos amigos, pero el más leal de todos era el gran Hugo, el molinero. Es más, el rico molinero era tan leal con el pequeño Hans que nunca pasaba por su jardín sin apoyarse sobre la pared y arrancar un gran ramo de flores o un manojo de hierbas aromáticas, o llenarse los bolsillos con ciruelas y cerezas, según la estación.

—Los amigos de verdad deben compartirlo todo —solía decir el molinero, y el pequeño Hans asentía sonriendo y se sentía muy orgulloso de tener un amigo con tan nobles ideas.

No obstante, en ocasiones, a los vecinos les parecía raro que el rico molinero nunca correspondiera y, aunque tuviera cien sacos de harina en el almacén de su molino, seis vacas lecheras y un gran rebaño de lanudas ovejas, nunca le daba nada al pequeño Hans. Pero éste no tenía en cuenta esas cosas y no había nada que le diera más satisfacción que escuchar todas las cosas buenas que el molinero decía sobre el desinterés de la verdadera amistad.

Así, el pequeño Hans volvía a trabajar en su jardín. Durante la primavera, el verano y el otoño era muy feliz, pero cuando venía el invierno y no había frutas ni flores que llevar al mercado, pasaba mucho frío y hambre, y con frecuencia se iba a la cama habiendo cenado nada más que unas pocas peras secas o algunas nueces duras. Además, en el invierno estaba totalmente solo ya que entonces el molinero nunca iba a verle.

—No queda bien que vaya a ver al pequeño Hans mientras duran las nieves —solía decir el molinero a su mujer—, ya que cuando la gente tiene problemas debe estar sola y no ser molestada por visitas inoportunas. Al menos esto es lo que pienso de la amistad y estoy seguro de no equivocarme. Así que voy a esperar a

que llegue la primavera y entonces le visitaré, y él podrá darme una cesta grande de primulas, lo que le hará muy feliz.

—Ciertamente, eres muy amable con los demás —contestaba la esposa mientras permanecía sentada en su confortable sillón junto al fuego. —La verdad es que eres muy considerado y es un placer oírte hablar de la amistad. Estoy segura de que ni el cura podría decir cosas tan hermosas como tú, aunque él viva en una casa de tres pisos y lleve un anillo de oro en su meñique.

—¿Pero, no podríamos invitar aquí al pequeño Hans? —dijo el hijo pequeño del molinero. —Si el pequeño Hans está en apuros, yo podría darle la mitad de mis gachas y enseñarle mis conejos blancos.

—¡Qué chico más bobo eres! —exclamó el molinero. —De verdad que no sé para qué sirve mandarte a la escuela. Parece que no aprendes nada. Si viniera aquí el pequeño Hans y viera nuestro cálido fuego, nuestra buena cena y nuestro gran tonel de vino tinto, se volvería envidioso; y la envidia es la cosa más terrible y puede trastornar la naturaleza de cualquiera. Ciertamente que yo no permitiré que el buen natural de Hans se eche a perder. Soy su mejor amigo, velaré siempre por él y no le dejaré caer en ninguna tentación. Es más, si Hans viniera aquí, podría pedirme que le prestara algo de harina y eso es algo que yo no puedo hacer. La harina es una cosa y la amistad es otra y no deben confundirse. Porque ambas palabras se escriben de manera diferente y significan cosas distintas. Todos lo sabemos.

—¡Qué bien te expresas! —dijo la mujer del molinero mientras se escanciaba un gran vaso de cerveza caliente. —De verdad que me siento como si soñara. Es como si estuviera en la iglesia.

—Mucha gente actúa bien —contestó el molinero—, pero muy pocos hablan bien, lo que significa que, de las dos cosas, hablar es la más difícil y, también, la más sutil. —Y por encima de la mesa miró con dureza a su hijo pequeño, que se sintió tan avergonzado que agachó la cabeza, se puso colorado y se echó a llorar sobre su taza de té. Sin embargo, era tan joven que debería ser perdonado.

—¿Así acaba la historia? —preguntó la rata de agua.

—No, por supuesto que no —respondió el pardillo—; sólo es el principio.

—Entonces estás muy atrasado —dijo la rata de agua. Hoy en día cualquier contador de cuentos comienza por el desenlace, sigue con la introducción y acaba con el nudo. Es el nuevo estilo. Oí que lo decía un crítico que el otro día paseaba con un joven alrededor del estanque. Hablaba largamente sobre el tema y estoy seguro de que sabía lo que decía porque era calvo, llevaba gafas de color azul y cuando el joven le hacía una observación, siempre contestaba: ¡Bah! Pero, por favor, continúa con tu relato. Me gusta mucho el molinero. Tengo los mismos hermosos sentimientos, así que debe haber una gran simpatía entre nosotros.

—Bien —dijo el pajarillo, dando un brinco ora sobre una pata, ora sobre la otra. Tan pronto como pasó el invierno y las primulas empezaron a abrir sus pálidas estrellas amarillas, el molinero dijo a su mujer que podría bajar a ver al pequeño Hans.



El pardillo relata el cuento a la vieja rata de agua y a la pata y sus patitos.  
Todos le escuchan (ilustración de Paz Rodero).

—¡Qué buen corazón tienes! —exclamó su mujer. Siempre estás pensando en los demás. Y acuérdate de llevar el cesto grande para las flores.

Así que el molinero sujetó las aspas del molino con una fuerte cadena de hierro y bajó de la colina con el cesto colgando del brazo.

—Buenos días, pequeño Hans —dijo el molinero.

—Buenos días —contestó Hans—, apoyándose en su pala y sonriendo de oreja a oreja.

—Y, ¿cómo has estado durante el invierno? —dijo el molinero.

—Bien; realmente bien —exclamó Hans. Es muy amable por tu parte; de verdad que muy amable. Me temo que han sido tiempos duros, pero ahora que ha llegado la primavera soy totalmente feliz y mis flores se están poniendo muy hermosas.

—A menudo hablábamos de ti duramente el invierno, Hans —dijo el molinero. Y nos preguntábamos cómo lo estarías pasando.

—Cuánta amabilidad por tu parte. Casi temía que te hubieras olvidado de mí.

—Hans, me sorprendes. La amistad no se olvida nunca. Eso es lo más maravilloso que tiene; pero me temo que no entiendes la poesía de la vida. ¡Qué hermosas están tus prímulas!

—Ciertamente, están bonitas; y es una suerte tener tantas. Voy a llevarlas al mercado. Se las venderé a la esposa del burgomaestre y con el dinero que obtenga podré volver a comprarme mi carretilla.

—¿Volver a comprarte tu carretilla? No me digas que la has vendido. ¡Qué cosa más estúpida!

—Bien, el hecho es que me vi obligado a ello —dijo Hans. Ya sabes que el invierno es una época muy mala para mí y que no tengo nada de dinero para comprar pan. Así que, en primer lugar vendí los botones de plata de mi abrigo de los domingos, después mi cadena de plata; a continuación mi gran pipa y, por último, mi carretilla. Pero, ahora voy a volver a comprarme todo ello.

—Hans, yo te daré la mía —dijo el molinero. No es que esté en muy buen estado, ya que le falta uno de los laterales y tiene estropeados los radios de la rueda, pero, a pesar de todo, te la daré. Ya sé que es muy generoso por mi parte y muchos pensarán que soy tonto separándome de ella, pero yo no soy como el resto del mundo. Pienso que la generosidad es el fundamento de la amistad y, además, tengo una carretilla nueva para mí sólo. Sí, puedes estar tranquilo. Te daré mi carretilla.

—Sí, la verdad es que es generoso por tu parte —dijo el pequeño Hans. Y su graciosa cara redondeada se ruborizó de placer. —Tengo una tabla de madera en casa, así que puedo repararla fácilmente

—¡Una tabla de madera! —exclamó el molinero. ¡Si precisamente eso es lo que necesito para el tejado de mi granero! Tiene un gran agujero y el grano se estropeará si no lo tapo. ¡Qué suerte que lo hayas mencionado! Es extraordinario cómo una buena acción siempre da lugar a otra. Yo te he dado mi carretilla y ahora tú me

vas a dar tu tabla. Por supuesto que la carretilla vale mucho más, pero, en verdad, la amistad nunca está pendiente de esas cosas. Por favor, ve por ella ahora y me pondré a trabajar hoy mismo.

—Por supuesto —exclamó el pequeño Hans, y corrió a su cobertizo y al instante sacó la tabla.

—No es que sea muy grande —dijo el molinero mirándola—; y me temo que después de que yo haya reparado el tejado de mi granero no te quedará con qué reparar la carretilla. Pero, por supuesto, eso no es culpa mía. Y, ahora que te he dado mi carretilla, estoy seguro de que para corresponder te gustará darme algunas flores. Aquí tengo el cesto y espero que lo llenes hasta arriba.

—¿Hasta arriba? —dijo el pequeño Hans con tristeza, ya que se trataba realmente de un cesto muy grande y sabía que si lo llenaba no le quedarían flores para llevar al mercado y estaba ansioso de poder recuperar los botones de plata.

—Bien —contestó el molinero—, realmente, como yo te he dado mi carretilla, no pienso que unas flores sea mucho pedirte. Puede ser que esté equivocado, pero debo pensar que la amistad, la amistad verdadera, está por encima de cualquier egoísmo.

—Mi querido amigo; mi mejor amigo —exclamó el pequeño Hans—, todas las flores de mi jardín te recibirán con los brazos abiertos. Prefiero que tengas una buena opinión de mí a mis botones de plata —y corrió a arrancar sus hermosas primulas para llenar el cesto del molinero.

—Adiós, pequeño Hans —dijo el molinero, y subió colina arriba con la tabla al hombro y el gran cesto en la mano.

—Adiós, contestó el pequeño Hans, y se puso a cavar alegremente, muy contento porque iba a tener la carretilla.

Al día siguiente, mientras estaba sujetando algunas madreselvas sobre el porche, oyó la voz del molinero llamándole desde el sendero. Así que saltó de la escalera, cruzó corriendo el jardín y miró por encima de la valla.

Era el molinero con un gran saco de harina a la espalda.

—Querido pequeño Hans, ¿te importaría llevarme este saco de harina al mercado?

—¡Oh! Lo siento, dijo Hans —pero hoy estoy muy ocupado. Tengo que sujetar las madreselvas, regar todas las flores y cortar el césped.

—Bueno... —dijo el molinero—, pero pienso que teniendo en cuenta que te voy a dar mi carretilla, sería bastante antipático por tu parte el negarte.

—¡Oh, no digas eso! —exclamó el pequeño Hans. Por nada del mundo quisiera ser antipático —y corrió por su gorro y con dificultad se echó el gran saco sobre los hombros.

Era un día muy caluroso y el camino estaba horriblemente lleno de polvo, y antes de que Hans hubiera alcanzado el sexto mojón, estaba tan cansado que se sentó a descansar. Sin embargo, se puso en pie con energía hasta que pudo llegar al mercado. Tras permanecer allí mucho tiempo vendió el saco de harina por una

buena suma y enseguida volvió a su casa, ya que tenía miedo de que si se quedaba allí hasta tarde podría ser asaltado por ladrones por el camino.

—La verdad es que ha sido un día duro —se decía para sus adentros cuando se iba a la cama—, pero estoy satisfecho por no haberme negado a lo que me pedía el molinero, ya que él es mi mejor amigo y además me va a dar su carretilla.

Al día siguiente, el molinero se acercó temprano a recoger el dinero de su saco de harina, pero el pequeño Hans estaba tan cansado que aún estaba en la cama

—Por mi honor que eres un holgazán —dijo el molinero. —La verdad es que, considerando que te voy a dar mi carretilla, pienso que deberías trabajar más duro. La pereza es un gran pecado y, ciertamente, no me gusta que mis amigos sean vagos o perezosos. No te debe importar que te hable con franqueza. Si no fuera tu amigo no lo haría ni por asomo. Pero, ¿qué de bueno tendría la amistad si no se pudiera decir exactamente lo que uno piensa? Cualquiera puede decir cosas encantadoras para halagar y hacerse el simpático, pero un amigo de verdad dice cosas ingratas y no teme causar dolor. Más aún, si se trata de un verdadero amigo, lo prefiere, porque sabe que entonces está haciendo lo correcto.

—Lo siento mucho —dijo el pequeño Hans, frotándose los ojos y quitándose el gorro de noche—, pero estaba tan cansado que pensé que podía quedarme un ratito más y oír el canto de los pájaros desde la cama. ¿Sabes que siempre trabajo mejor después de oír cantar a los pájaros?

—Bueno, me alegro por ello —dijo el molinero, mientras daba palmadas en la espalda al pequeño Hans— porque quiero que, una vez te hayas vestido, vayas a repararme el techo del granero.

Pobre pequeño Hans. Estaba ansioso por ir a trabajar a su jardín ya que no había regado sus flores los últimos dos días, pero no podía rechazar al molinero ya que era su mejor amigo.

—¿Pensarías que estaría mal por mi parte si te digo que estoy ocupado? —preguntó tímidamente con un hilo de voz.

—Por supuesto. No creo que sea mucho pedirte, considerando que te voy a dar mi carretilla. Pero, claro, si no quieres, iré a hacerlo yo mismo.

—¡Oh, de ninguna manera! —exclamó el pequeño Hans, levantándose de la cama de un salto, vistiéndose y yendo al granero.

Trabajó todo el día hasta la caída del sol y entonces el molinero fue a ver cómo iba la labor.

—Pequeño Hans, ¿has reparado ya el agujero del tejado? —preguntó con voz alegre.

—Está totalmente tapado —respondió Hans bajándose de la escalera.

—¡Ah! No hay trabajo tan placentero como el que uno hace para los demás.

—De verdad que es un privilegio oírte hablar —contestó el pequeño Hans mientras se sentaba y se enjugaba el sudor de la frente—, un auténtico privilegio, pero me temo que nunca llegaré a tener unas ideas tan hermosas como las tuyas.

—¡Oh! Llegarás a tenerlas —dijo el molinero. —Pero deberás esforzarte más. Hasta ahora sólo has visto el aspecto práctico de la amistad, pero algún día llegarás a alcanzar la teoría.

—¿De verdad lo crees?

—No tengo la más mínima duda, —contestó el molinero. —Pero, ahora que has arreglado el tejado, lo mejor es que te vayas a casa a descansar porque mañana quiero que lles mis ovejas a la montaña.

El pequeño Hans no se atrevió a objetar nada y a la mañana siguiente, muy temprano, el molinero llevó las ovejas hasta las proximidades de su casa. Hans se fue con ellas a la montaña y se pasó el día yendo y viniendo de acá para allá; y cuando volvió estaba tan cansado que se echó a dormir en su silla y no se despertó hasta que el sol ya estaba alto.

—Qué tiempo más delicioso voy a pasar en mi jardín —se dijo, y al instante se puso a trabajar.

Pero, por uno u otro motivo ya nunca pudo volver a cuidar sus flores, ya que su amigo venía continuamente para enviarle a hacerle recados lejos o para llevarle a trabajar a su molino. A veces el pequeño Hans estaba muy preocupado ya que temía que sus flores pensaran que se había olvidado de ellas, pero se consolaba pensando que el molinero era su mejor amigo. —Además —solía decir— me va a dar su carretilla y eso es un acto de pura generosidad.

Así que el pequeño Hans seguía trabajando para el molinero y éste decía cosas hermosas sobre la amistad que Hans anotaba en una libreta y solía leer por la noche porque era un alumno muy bueno.

Pero, sucedió que una noche, cuando el pequeño Hans estaba sentado junto a la lumbre, oyó un ruido fuerte en la puerta. Era una noche muy mala y el viento soplaba y bramaba alrededor de la casa de una manera tan horrible que pensó que el ruido sólo se debía a la tormenta. Pero oyó un segundo y, a continuación, un tercer golpe aún más estrepitoso.

—Será un pobre viajero —se dijo el pequeño Hans, y corrió a la puerta.

Allí estaba el molinero con un farol en una mano y un gran bastón en la otra.

—Querido Hans —exclamó el molinero. —Me ha ocurrido una desgracia. Mi hijo pequeño se ha herido al caerse de una escalera y voy a buscar al médico. Pero vive tan lejos y hace una noche tan mala que se me ha ocurrido que sería mucho mejor que fueras tú en mi lugar. Ya sabes que te voy a regalar mi carretilla y es equitativo que a cambio tú hagas algo por mí.

Por supuesto —contentó el pequeño Hans. —Lo haré como un cumplido y partiré inmediatamente. Pero debes dejarme tu farol porque la noche es tan oscura que temo caer en la acequia.

—Lo siento —contestó el molinero—, pero es mi farol nuevo y sería una gran pérdida si le ocurriera algo.

—Bueno, no pasa nada. Iré sin él —exclamó el pequeño Hans y se puso su gran abrigo de piel, su caliente gorro escarlata, se anudó la bufanda al cuello y salió.



¡Qué tormenta más espantosa! La noche era tan negra que Hans no veía casi nada y el viento era tan fuerte que apenas podía avanzar. Pero tenía coraje y unas tres horas después llegó a la casa del médico y llamó a la puerta.

—¿Quién esta ahí? —preguntó el médico asomando la cabeza por la ventana de su habitación.

—El pequeño Hans, doctor.

—¿Qué deseas, Hans?

—El hijo del molinero se ha herido al caerse de una escalera y quiere que vaya enseguida.

—Está bien —dijo el médico, y se puso sus grandes botas, bajó las escaleras, tomó su farol, se montó en su caballo y cabalgó hacia la casa del molinero. Y el pequeño Hans echó a andar dificultosamente tras él.

Pero la tormenta empeoraba cada vez más, la lluvia caía a raudales y el pequeño Hans no veía por dónde iba, ni podía seguir el paso del caballo. Terminó por perder el camino y vagó por el páramo, lo que era muy peligroso porque estaba lleno de vaguadas profundas y en una de ellas se ahogó. Al día siguiente, unos pastores encontraron su cuerpo flotando en medio de una gran charca y lo llevaron a la choza.

Como era muy popular, todos fueron al funeral por el pequeño Hans y el molinero presidió el duelo.

—Dado que he sido su mejor amigo, es justo que yo ocupe el lugar preferente —dijo. Así que, cubierto con una gran capa negra, se puso a la cabeza del cortejo fúnebre y de vez en cuando se secaba los ojos con un gran pañuelo de bolsillo.

—Ha sido una gran pérdida para todos —dijo el herrero, una vez terminó el funeral y todos se hubieron sentado cómodamente en la posada bebiendo vino con especias y comiendo pasteles.

—Una gran pérdida, sobre todo para mí —contestó el molinero— porque iba a darle mi carretilla y ahora ya no sé qué hacer con ella. Está en tan mal estado que no creo que me dieran nada por ella si la vendiera. En el futuro procuraré no volver a regalar nada. Siempre se sufre cuando se es generoso.

—¿Y, bien? —dijo la rata de agua tras una larga pausa.

—Bien, así acaba la historia —dijo el pardillo.

—¿Y, qué fue del molinero? —preguntó la rata de agua.

—¡Oh! De verdad que no lo sé. Y, créeme, que me importa un bledo.

—Es evidente que no tienes ninguna simpatía por su forma de ser —dijo la rata.

—Me temo que no has captado la moraleja de esta historia —observó el pajarillo.

—¿Qué?

—La moraleja.

—¿Quieres decir que tiene una moraleja?

—Por supuesto.

—Bueno, pienso que me lo debías haber advertido antes de empezar —dijo la rata de agua, ofendida. —Creo que si lo hubieras hecho no te hubiera escuchado.

Es más, te habría dicho: ¡Bah!, como el crítico; pero te lo puedo decir ahora —y chilló: ¡Bah!, todo lo alto que pudo, mientras movía bruscamente su cola y volvía a su agujero.

—¿Y ahora, qué te parece la rata de agua? —preguntó la pata, que volvía chapoteando desde la otra punta del estanque, unos minutos después. —Tiene muchas y buenas virtudes, pero yo tengo sentimientos de madre y nunca puedo ver a un soltero vocacional sin que se me llenen los ojos de lágrimas.

—Me temo que se haya podido molestar —respondió el pardillo. —La verdad es que le conté una historia con moraleja.

—Y eso siempre es muy peligroso —dijo la pata.

Y yo estoy totalmente de acuerdo con ella.